(18

EL CHAL DE CACHEMIRA.

JUGUETE COMICO EN UN ACTO

ESCRITO EN FRANCES

POR

ALEJANDRO DUMAS,

y arreglado á nuestra escena

por J. D. T.



MADRID:—1852.
Imprenta que fué de Operarios á cargo de D. F. R. del Castillo.
Calle del Factor, núm. .



PERSONAJES.

D. FERNANDO VILLAR, *capitan de fragata.*
DOÑA CLARA RIQUELME.
UN SARGENTO *de la guardia civil.*
UN CRIADO.
UNA CRIADA.
Dos guardias civiles.

La escena pasa en Vigo en 1848.



ACTO UNICO.

Sala de descanso de una posada, con una puerta al fondo y una ventana á la derecha. En primer término á la derecha una chimenea con espejo, y á la izquierda una mesa con recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL SARGENTO *de la guardia civil* y EL CRIADO *de la posada.*

SARGEN. Con que el amo no está en casa?
CRIADO. No, señor Tolino, no está.
SARGEN. Pues le encargo á usted que le haga saber que hay una nueva prevencion que comunicarle relativa á los dueños de posada.
CRIADO. Cuál?
SARGEN. La de presentar los pasaportes de los viajeros, y principalmente de las viajeras... y si no los traen dar inmediatamente parte á la celaduría.
CRIADO. Yo creo, señor Tolino, que siempre ha habido esa órden.
SARGEN. Sí, pero no ha estado en observancia.

CRIADO. En cuanto á los viajeros, la comprendo; pero por lo que hace á las viajeras no la comprendo.

SARGEN. Es de todo punto indiferente que usted la comprenda ó no, jóven: sin embargo, le diré que se ha cometido un crimen muy grave por un personaje del sexo femenino, de edad de veinte y un años, estatura cinco piés menos dos pulgadas, ojos azules, cabello negro, color pálido; y que la autoridad trata de que no se le escape esta individua.

CRIADO. Y qué es lo que ha hecho?

SARGEN. Envenenar á su marido, que era un aleman muy rico; y ahora intenta marcharse á Inglaterra para casarse allí con un lord inglés.

CRIADO. Pobre jóven!

SARGEN. Pobre! no hay que tenerla compasion; es un crimen horrendo, y la cuchilla de la ley debe caer sobre la culpable. Con que cuidado! que lleve usted los pasaportes y no me haga venir por ellos. Abur; ya queda usted avisado.

CRIADO. Vaya usted con Dios, señor Tolino. (*Váse el sargento.*)

ESCENA II.

CRIADO.

Pobre muchacha! si llegan á cogerla, ya sabe la suerte que la espera. No sé por qué, pero todas las mujeres me interesan aunque sean criminales; y sabe Dios si lo será... si la habrán calumniado.—Ola! ya tenemos aquí algunos viajeros.

ESCENA III.

CRIADO, CLARA *y una doncella que trae en la mano una cajita y la coloca sobre la chimenea.*

CLARA. (*Entrando.*) Me es completamente igual... póngame usted donde quiera, pues todo lo mas que tardaré en ponerme en camino será una hora.

Criado. No importa... (*A la criada.*) Arréglale la habitacion... que como entre en ella la tendrá que pagar.

(*La criada entra en el cuarto de la izquierda.*)

Clara. Habrá carruajes de alquiler en esta ciudad? (*Al criado.*)

Criado. Si señora.

Clara. Bueno. En cuanto vea al administrador de la aduana me marcho.—Cuando se vé al administrador de la aduana?

Criado. Se le vé cuando pasa por aqui, que es dos veces al dia.

Clara. No pregunto eso; sino cómo se le habla?

Criado. Ya; que cómo se le habla... se le habla como á todo el mundo. Oh! es muy atento, muy amable.

Clara. Por Dios, hombre; no es tampoco eso lo que quiero preguntarle.

Criado. Entonces, qué es?

Clara. Pregunto qué es lo que hay que hacer para hablar al administrador de la aduana cuando hay que hacerle alguna reclamacion.

Criado. A mí me parece que lo mas seguro es ir á su casa.

Clara. Bueno. Pues á ver si puede usted mandarle al momento estas cuatro letras. (*Se sienta á una mesa y escribe.*) «Señor administrador: Doña Clara Riquelme, desearía tener el gusto de hablar con usted, sobre un chal de Cachemira que acaban de retenerle los carabineros, y que compró en Cádiz, tienda de Filipinas, calle de Juan de Andas; y por lo tanto espera que en justificando que le fue vendido en España, no habrá ninguna dificultad en devolvérselo.—Aprovecho esta ocasion para ofrecerme á usted... etc.» Tome usted; que lleven al instante esta carta al administrador de la aduana.

Criado. Al momento, señora, al momento.

Clara. Y la respuesta?

Criado. La traerá el mismo que lleve esta.

Clara. Bueno, corra usted. (*Vase el criado.*)

ESCENA IV.

Clara.

Un chal tan precioso, y que me sentaba tan bien. Confieso sin embargo, que no son los carabineros los que me tienen mas irritada... ellos cumplen con su deber,

pobres hombres... un deber poco envidiable en verdad... sino aquel caballero. Es bien triste que despues de dos años de destierro se encuentre una con que el primer compatriota que la acompaña en el vapor, sin motivo, sin razon, y sin pretesto le cause á una este perjuicio... Estoy furiosa! ese hombre me ha molestado mucho durante el viaje... pero nunca creí que una persona bien educada, me delatara tan villanamente... Estará muy satisfecho de su delacion. No se me despintará, y en cualquier parte donde le vea, le trataré como se merece.

ESCENA V.

CLARA y VILLAR.

VILLAR. Señora...
CLARA. El es, el mismo!
VILLAR. Veo, señora, que se ha sorprendido usted...
CLARA. (*Con ironía.*) Confieso que no esperaba tener el gusto...
VILLAR. Con que tiene usted gusto en verme?
CLARA. No estoy en el caso de dar esplicaciones sobre el valor de esa palabra.
VILLAR. Como quiera que sea permítame usted que me felicite por la casualidad que me ha traido á la misma posada en que usted para.
CLARA. Es en efecto una casualidad?
VILLAR. Permita usted que tampoco yo dé esplicaciones sobre esa palabra.
CLARA. Le aseguro á usted que me admira su sangre fria.
VILLAR. Es la primera cualidad que se necesita para mi carrera... creo que le he dicho á usted yá que soy marino.
CLARA. Es posible... pero no me acuerdo de lo que usted me ha dicho.
VILLAR. Es verdad... no puede usted acordarse, porque recuerdo que la hablé á usted de mi carrera cuando estaba mareada: entonces tuve el honor de ofrecerla á usted mis servicios, pero no elegí la mejor ocasion.
CLARA. No señor... no es porque usted no eligiese buena ocasion por lo que lo he olvidado... sino porque no quiero conservar memoria de lo que usted me ha dicho.

VILLAR. Permítame usted, señora; la memoria es un acto de nuestro entendimiento independiente de nuestra voluntad, y si hay motivo para que usted se acuerde de mí, todas las voluntades del mundo no serán bastantes para impedirlo... esto, como he dicho á usted antes, pertenece á la jurisdiccion de un cerebro y con el tiempo espero que pertenecerá tambien á la de su corazon.

CRIADA. (*Saliendo.*) Señora, ya tiene usted listo el cuarto.

CLARA. Está bien. (*A la criada.*) La de mi corazon?... (*A Villar.*) me parece que ha hablado usted de mi corazon.

VILLAR. Si señora.

CLARA. Y á propósito de qué, quiere usted decírmelo?

VILLAR. A propósito de que todo el mundo tiene corazon, por ser uno de los órganos necesarios para la vida... y ya que le hablé de su cerebro sin que usted reclamase, creí que me era lícito hablarle tambien de su corazon... si he cometido alguna imprudencia, disimúleme usted, señora. Le ofrezco á usted mis respetos y me retiro.

(*Se dirige á la puerta.*)

CLARA. Perdone usted, caballero: estraño mucho que me hable usted de su corazon cuando media un asunto grave, sobre el cual debia usted esplicarse.

VILLAR. Qué asunto es ese?

CLARA. Ha olvidado usted ya mi chal de cachemira?

VILLAR. Es cierto, pero como usted no me indicó nada, he temido ser indiscreto ocupándome de una cosa que podia disgustarla.

CLARA. Si señor, me ha disgustado; se lo juro á usted.

VILLAR. Señora, siento que una broma de viaje...

CLARA. Con que por usted me han quitado un chal de cachemira, y ahora sale con que ha sido una broma? Yo no puedo ser tan indulgente, y la califico de felonía.

VILLAR. Señora, la palabra es dura...

CLARA. Si, felonía... y hasta con circunstancias agravantes.

VILLAR. En verdad, señora, que una comision militar sería menos rigorosa... pues aunque me condenase á cadena perpétua, me dejaria la vida.

CLARA. Esas no son mas que palabras, y la ocasion no es oportuna...

VILLAR. Usted me acusa... y yo me defiendo como puedo.

CLARA. Usted se defiende? Quisiera saber que defensa cabe... Cuando me vió usted tan apurada porque temia perder

mi cachemira, me hizo usted creer, que aunque habia sido comprada en España, no permitirian que entrase aquí.

VILLAR. Si señora.

CLARA. Y esto era todo pura invencion...

VILLAR. Si señora.

CLARA. En seguida me propuso usted un medio para ocultarle á los ojos de los carabineros.

VILLAR. Convengo en ello.

CLARA. Por ese medio hubiera pasado muy bien.

VILLAR. Es cierto.

CLARA. Pero usted me delató al oficial de carabineros.

VILLAR. No lo puedo negar.

CLARA. Pues entones?...

VILLAR. Entonces....

CLARA. Responda usted ahora á mi pregunta.

VILLAR. A qué pregunta, señora?

CLARA. Por qué hizo usted que me quitaran mi chal?

VILLAR. Me esplicaré.

CLARA. Vamos á ver.

VILLAR. Ante todo, señora, su chal de usted me pareció de una calidad inferior.

CLARA. Si era de lo mas esquisito que ha salido de la India.

VILLAR. Pues á mí se me figuró lo contrario; y tambien el dibujo me pareció ordinario y muy visto...

CLARA. No habia otro en la tienda, y era el primero que habian recibido de Bengala con ese dibujo.

VILLAR. El fondo negro con plumas.

CLARA. Ah!

VILLAR. Yo soy enemigo de lo negro... detesto lo negro... es un color tan triste...

CLARA. Mis ojos le estan á usted agradecidos.

VILLAR. Cómo, tiene usted los ojos negros?

CLARA. Casi, casi; mírelos usted.

VILLAR. Oh! en cuanto á los ojos ya es otra cosa. Los ojos negros me gustan tanto!..

CLARA. Cuidado, que nos vamos separando de mi chal... Usted no lo habia visto siquiera, y la prueba es que no es negro, sino verde.

VILLAR. Era verde?.. es muy posible, señora; y supuesto que para obtener mi perdon...

CLARA. Cómo su perdon? Eh! quién le ha dicho á usted que

cualesquiera que sean las razones que usted me dé, le he de perdonar?

VILLAR. En ese caso, señora, si de ningun modo me ha de perdonar usted, es inútil que me esté yo quebrando la cabeza...

CLARA. Continúe usted esplicándose, tengo curiosidad...

VILLAR. Chist!... (*Mirando á su alrededor.*)

CLARA. Espliquese usted; que nadie nos oye.

VILLAR. Si usted me responde de que nadie nos oye... entonces voy á hacerle á usted una confesion.

CLARA. Una confesion!..

VILLAR. Señora! traia en mis baules por valor de veinte mil duros en chales de Cachemira... y á favor de la delacion que hice, pues no quiero atenuar la gravedad de los hechos... fué en efecto una delacion... pero asi conseguí distraer la atencion de los carabineros, y captarme su confianza...

CLARA. Y...

VILLAR. Y librar mi cargamento de las garras del fisco.

CLARA. Cómo, caballero, será ese el fin que se propuso usted al delatarme?

VILLAR. Señora, ha querido usted saber la verdad, y se la he dicho.

CLARA. Segun eso es usted...

VILLAR. Qué?

CLARA. Un contrabandista... Con que usted confiesa que es un contrabandista?..

VILLAR. Lo confieso; se entiende á usted sola; pues á los carabineros, ya me guardaré bien.

CLARA. Y no sabe usted lo mal mirado que está un contrabandista?

VILLAR. Cómo, señora? una persona de un talento tan distinguido como usted, participa de las preocupaciones del vulgo?

CLARA. Si señor, participo.

VILLAR. Pues si todo el mundo es contrabandista... unos mas y otros menos.

CLARA. Todo el mundo?..

VILLAR. Sin duda... y le protesto á usted que puede ser una mujer graciosa, aérea, interesante, aristocrática, y... procurar introducir fraudulentamente un chal de cachemira.

CLARA. En ese caso tiene el asunto una resolucion muy fácil.
VILLAR. Diga usted.
CLARA. Si usted es en efecto contrabandista.
VILLAR. Vaya! una vez que lo he confesado, no me volveré atras.
CLARA. Y si por medio del ardid de que usted se há valido... Ya vé usted que suavizo la palabra.
VILLAR. Le doy á usted gracias por su delicadeza, señora.
CLARA. Si por medio de ese ardid, há logrado usted pasar por valor de veinte mil duros en chales de la India....
VILLAR. De la clase mas especial.
CLARA. Entonces espero que me permitirá escoger un chal de los suyos en lugar del perdido, haciéndome usted una rebaja.
VILLAR. Como no, señora? pues si esa era precisamente mi intencion.... Si usted quisiera darme las señas de su casa en la Coruña, muy pronto pondré á su disposicion un surtido de chales de cachemira del mas esquisito gusto y de la mejor calidad.
CLARA. Precisamente no voy á la Coruña.
VILLAR. Eso importa poco, señora... adonde quiera que usted vaya irán tambien mis chales.
CLARA. Haremos otra cosa mejor.
VILLAR. Usted dispondrá.
CLARA. Los baules de usted han entrado ya, no es verdad?
VILLAR. Si señora; deben estar ya en la posada.
CLARA. Pues bien, enséñeme usted su surtido, y en el acto escogeré el chal que me parezca.
VILLAR. Inmediatamente: eso es muy justo, y voy ahora mismo á dar órden.
CLARA. No es preciso que se incomode usted.... ahora vendrá el muchacho de la posada que me trae la contestacion á una esquela que he escrito al administrador de la aduana.
VILLAR. Pero si el administrador está fuera.
CLARA. Usted lo sabe?
VILLAR. Sí, he oido decir que estaba hoy de campo.

ESCENA VI.

Dichos, *y el* Criado.

Clara. Trae usted la contestacion?

Criado. No señora; el señor administrador está de campo; tome usted la carta.

Clara. Ya veo que está usted bien enterado. (*A Villar.*)

Criado. Tiene usted alguna otra cosa que mandar?

Clara. Sí.... que traigan aquí los baules del señor.

Criado. Los baules del señor?

Clara. Sí.

Criado. Querrá usted decir el saco de noche y el anteojo.

Clara. Cómo!

Criado. Eso es todo lo que el señor tiene aquí de equipaje.

Villar. No habrá llegado aun mi dependiente.

Criado. El dependiente de usted, es decir, su criado acaba de llegar con el saco de noche y el anteojo... Me preguntó por el capitan de fragata señor de Villar, y lo llevé á su habitacion... como usted me habia encargado...

Clara. Está bien; no necesito nada.

Criado. Señora, es que desearia que usted tuviese á bien darme su pasaporte.

Clara. Bueno.,. suba usted dentro de un rato... que voy á buscarlo, y se lo daré.

Criado. Si usted tiene tambien la bondad... (*A Villar.*)

Villar. Tómalo.

Criado. Ya se harán ustedes cargo de que esto es cosa de la policía, pues desde hace poco hay órdenes muy rigorosas..

Villar. Bueno, bueno; anda con Dios.

ESCENA VII.

Villar *y* Clara.

Clara. Y diga usted, señor capitan de fragata; tiene usted ya preparado algun otro cuento?

Villar. Usted los llama cuentos? (*Tomando su sombrero.*) Bien: no disputemos sobre el verdadero sentido de esa pa-

bra. Lo que sí puedo asegurar á usted, es que no he agotado todos lo recursos de mi imaginacion, pero el motivo que me guia es el mas plausible.

CLARA. No se necesita gran talento para adivinar cuál es el motivo.

VILLAR. Señora, quiere usted hacerme el obsequio de esplicarlo?

CLARA. Usted me vió viajar sola y dijo para sí: «Esta mujer no me desagrada: procuraré distraerme del cansancio del viaje, obligándola á que me esté agradecida por algun favor que yo la haga. Esto dará lugar á que entre ella y yo se establezcan las mejores relaciones, que sabe Dios el desenlace que pueden tener; cuento para ello con su aislamiento y con el carácter naturalmente débil de las mujeres.» No es este el juicio que usted formó?

VILLAR. Suponiendo que haya sucedido así, eso probaría que he obrado como un hombre verdaderamente enamorado.

CLARA. Enamorado! Usted está enamorado de mí?

VILLAR. Por qué negarlo, señora?

CLARA. Entonces tiene usted muy poco adelantado, porque yo le aborrezco.

VILLAR. De veras? Le doy á usted las mas espresivas gracias.

CLARA. Me da usted las gracias porque le aborrezco?

VILLAR. Seguramente... acaba usted de sobrepujar á mis esperanzas... yo no temia mas que una cosa, y era serle á usted indiferente... ahora estoy tranquilo sabiendo que usted me oborrece. Que se me presente una nueva ocasion de desagradar á usted es lo que ahora deseo, de modo que lleguemos hasta el odio mas encarnizado... en ese caso usted sabe que del odio estremado al amor no hay mas que un paso.

CLARA. Esa es una idea muy vieja.

VILLAR. Por eso es mas verdadera. Si no fuese el tiempo lo habria ya abolido. Con que es decir que usted me aborrece?

CLARA. Pero...

VILLAR. Nada; no se vuelva usted atras: usted me aborrece y yo la adoro... ya está la situacion perfectamente despejada.

CLARA. No está tan despejada; porque usted ya sabe por qué yo le aborrezco, pero yo no sé todavía por qué me ama usted.

VILLAR. Por qué la amo, señora? es muy sencillo... porque a verla á usted me ha parecido hermosa... porque al hablarla la he encontrado interesante... y porque al observar sus sentimientos los he creido muy nobles.

CLARA. Y ha podido usted amarme en esos términos en cuatro dias, desde Cádiz aquí?...

VILLAR. Oh! no señora... no; mi amor no data de cuatro dias... data de mas tiempo... data de seis dias.

CLARA. Seis dias! en ese caso la cosa es ya mas respetable. (*Se sienta en un sillon próximo á la chimenea.*)

VILLAR. La vi á usted por primera vez en el muelle de Cádiz en el acto de subir usted á un carruaje; seguí el coche que paró en la fonda de Europa calle de la Carne. En la fonda supe que vivia usted sola acompañada únicamente de una criada... y desde luego comprendí que era usted la mujer que el cielo me tenia destinada.

CLARA. Ah! usted habia adivinado...

VILLAR. Si señora, tengo la felicidad de estar dotado para muchos casos de cierta perspicacia.

CLARA. Sea enhorabuena.

VILLAR. Cuando supe que usted se embarcaba, dejé á Cádiz al mismo tiempo que usted, dispuesto á seguirla hasta el fin del mundo.

CLARA. Espero que no le llevaré á usted tan allá: caballero, cuanto usted me ha referido no puede ser mas novelesco; pero en la situacion despejada, como usted dice, en que nos encontramos, no me queda mas que una súplica que hacerle... y es, que cuando yo me marche, procure que le entreguen mi chal, y si lo consigue, lo deposite usted aquí, en esta posada, adonde yo mandaré á recogerlo.—No me dijo (*Al criado.*) usted que era fácil proporcionar un carruaje?

ESCENA VIII.

DICHOS, *y el* CRIADO.

CRIADO. Si señora.

CLARA. Pues que lo preparen en seguida; dentro de diez minutos quiero ponerme en camino.—Caballero, saludo á usted. (*A Villar.*)

ESCENA IX.

VILLAR, *y el* CRIADO.

VILLAR. Si creerá que voy á permitir que se marche, sin intentar antes... Ya lo veremos.—Muchacho!

CRIADO. Señor!

VILLAR. Cuantos caballos hay en las cuadras?

CRIADO. Cuatro.

VILLAR. No hay ninguno mas?

CRIADO. No señor, no hay mas.

VILLAR. Que pongan los cuatro en el carruje que se destinaba para esta señora, y desde ahora dispongo de él.

CRIADO. Pero si esa señora ha tomado ya el carruaje y los caballos.

VILLAR. Pues yo pagaré por ellos mas de lo que valen, y además te daré una buena gratificacion. Toma, dá ese papel á mi criado, que se entere bien y que haga lo que en él le mando. No olvides que tendrá una buena gratificacion.

CRIADO. Voy, voy corriendo, señor. (*Vase.*)

ESCENA X.

VILLAR, *y* CLARA.

CLARA. Donde habré echado yo mi pasaporte? (*Buscando algo sobre la mesa.*) Ah! usted aquí todavía? (*Viendo á Villar.*)

VILLAR. Si señora... y sin duda ha sido una inspiracion la que ha hecho que me quede; pues no teniendo ya esperanzas de verla mas...

CLARA. Oh Dios mio... (*Atravesando la escena para ir á la chimenea.*) es una casualidad que me vuelva usted á ver... estoy buscando mi pasaporte y ahora caigo en que debo habérmelo dejado en Cádiz. (*Registra su saco de viaje.*)

VILLAR. De modo que está usted enteramente decidida á ponerse en camino?

CLARA. Enteramente decidida.

Villar. Sin que súplicas ni ruegos basten á detenerla?

Clara. Ni súplicas ni ruegos.

Villar. Y continua usted aborreciéndome?

Clara. Oh, no señor, no. Al fin y al cabo he pensado que no tenia contra usted mas motivo de rencor, que lo ocurrido con el chal... y reflexionándolo bien, convengo en lo mismo que usted dijo... que habia sido una broma, y se la perdono.

Villar. Pero se vá usted?

Clara. En cuanto esté el carruaje listo. No espero otra cosa.

Villar. Pues bien, señora, quiere usted prestarme atencion durante los cinco minutos que faltan?

Clara. Con qué objeto?...

Villar. Quién sabe? La última noche que estuvimos en Cádiz se representó el Romeo; y ya vió usted que no fueron menester mas qué cinco minutos para que Romeo se hiciese amar de Julieta.

Clara. Es verdad; pero Romeo no era marino.

Villar. Tiene usted alguna prevencion contra los marinos?

Clara. La que se tiene contra todos los hombres que juran, que fuman, que...

Villar. Yo, señora, no solo no fumo nunca, sino que me apesta el olor del tabaco; así es, que en mi buque he prohibido que se fume. En cuanto á jurar, creo que desde que tengo el gusto de estar cerca de usted, he ocultado tan perfectamente esta costumbre, que debe serme fácil persuadir á usted de que no está profundamente arraigada en mí.

Clara. Y á qué me hace usted todas esas observaciones?

Villar. Poco hace me dijo usted que me detestaba.... ahora acaba usted de declarar que no me aborrece ya.. veremos si es ya tiempo de que usted se vaya convenciendo.

Clara. No pienso poner mi cariño en un hombre que me deje sola nueve meses al año. Cómo tarda el coche!

Villar. Esa última objecion es de poco valor... tengo amigos en el ministerio que acaba de formarse, y ya desde Cádiz he pedido al ministro de marina que me separe del servicio activo.

Clara. Con que ha solicitado usted?..

Villar. Ya vé usted que de este modo entro en la clase de los marinos pasivos; y si esta circunstancia puede militar

en mi favor, si sesenta mil reales de renta, una casa en Madrid, una...

CLARA. Es inútil, caballero; mi palabra y mi mano estan comprometidas.

VILLAR. Eso es otra cosa. De modo que usted viene de Nueva York, para...

CLARA. Vengo, si señor, de Nueva York; para casarme con un hombre á quien amo, y que me espera.

VILLAR. Señora, permítame usted que la diga que esó no supone todavía nada.

CLARA. Cómo! que no supone nada?

VILLAR. No: yo salí de Barcelona para ir á casarme en Nueva-Orleans con una mujer que me adoraba, y que esperaba tambien.

CLARA. Y qué?

VILLAR. Que adorándome y esperándome se habia casado con otro.

CLARA. Veo que hace usted frente á los contratiempos de la fortuna, con una filosofía admirable.

VILLAR. Ya puede usted comprender que hallándome en este caso no tengo mas que dos caminos... ó tirarme al mar, ó consolarme... Si me tirasé al mar seria completamente inútil, porque sé nadar. Tomo pues el partido de consolarme.

CLARA. Es usted el hombre mas original que conozco. Afortunadamente viene ahí mi carruaje, porque sino, aunque no fuese mas que por curiosidad y para examinar á fondo un fenómeno tan notable...

VILLAR. Se quedaría usted aquí?

CLARA. Creo que sí...

VILLAR. Pues está usted satisfecha en su deseo.

CLARA. Qué dice usted?

VILLAR. Que no es el carruje de usted el que viene, sino el carruaje de usted que se va.

CLARA. Cómo! el coche que he pedido se vá?

VILLAR. Sí señora.

CLARA. Y por qué es eso?

VILLAR. Le pido á usted mil perdones; yo ignoraba el motivo que la conduce á usted á España... solo advertí en usted el deseo de separarse de mí, y me propuse impedirlo á todo trance.

CLARA. Pero vamos; que ha hecho usted?

VILLAR. He hecho poner los cuatro caballos que habia en la cuadra, al único carruaje que habia en la cochera, y he mandado á mi criado á comprar ostras á Pontevedra.

CLARA. Ostras á Pontevedra?

VILLAR. Si señora, dicen que son infinitamente superiores y mas frescas que las de aquí.

CLARA. Caballero... eso es demasiado atrevimiento.

VILLAR. Yo ignoraba el motivo sagrado que la obligaba á usted...

CLARA. Pero, caballero, usted abusa de mi debilidad, de mi aislamiento... esa es una accion indigna.

VILLAR. Señora...

CLARA. Oh! no se acerque usted á mí, ni me hable usted siquiera.

VILLAR. Permítame usted, señora: no retardará usted su viaje mas que algunas horas: saldrá usted mañana de madrugada.

CLARA. Y sabe usted el sentimiento que me causa retardando mi felicidad?

VILLAR. Lo creo, si señora; pero...

CLARA. Sabe usted que el hombre con quien estoy comprometida me espera con ansia hace dos años?

VILLAR. Si señora: ya me lo figuro.

CLARA. Me hablaba usted de amor... ah! este si que es un amor digno de correspondencia, de reconocimiento y del sacrificio mayor que puede hacer una mujer... Si señor, dos años hace que por exigencias de mi familia, me ví obligada á casarme con un anciano que me condujo á los confines de la América; desde entonces el pobre jóven que me amaba ciegamente, se condenó al retiro, al aislamiento: «Cásese usted, me dijo; yo me retiro de este mundo, y permaneceré completamente aislado hasta el momento en que venga usted á decirme que es libre y que quiere hacerme feliz.»

VILLAR. Dijo eso, señora? Y lo habrá cumplido?

CLARA. Si señor; lo habrá cumplido; y advierta usted que no tenia ni aun el consuelo de escribirme; porque yo se lo habia prohibido.

VILLAR. Veo que tiene usted razon... ámele usted, cásese usted con él... ese jóven la merece mas que yo. . yo me hubiera suicidado, ó la hubiese seguido á usted... pero me hubiera faltado valor para meterme dos años en un desierto...

CLARA. Si señor, sí, me casaré con él; seria una ingrata sino procurara recompensar tantos dias de amargura; no tenia valor para permanecer en América y faltar á tan sagrado deber.

VILLAR. Si señora, es muy sagrado.

CLARA. Yo gozaba durante mi viaje con la idea de sorprenderle agradablemente, y de decirle: «Basta de soledad; aquí está mi mano:» pero usted quiere retardar inhumanamente su felicidad.

VILLAR. Confieso que...

CLARA. Ah! retírese usted; no se presente usted mas delante de mí... se lo suplicó, se lo pido por Dios.

VILLAR. Señora, vuelvo á suplicarla que me perdone; si yo lo hubiera sabido... pero tranquilícese usted; aun habrá caballos y carruajes en el pueblo, y procuraré enmendar mi falta. A Dios, señora. Voy al momento. (*Váse.*)

ESCENA XI.

CLARA, *sola.*

Si tratará de engañarme segunda vez?... pero se me figura que hablaba con sinceridad, y que estaba efectivamente conmovido.

ESCENA XII.

CLARA, *y el* CRIADO.

CRIADO. Señora, ha encontrado usted el pasaporte?

CLARA. No... no sé donde lo he echado... Pero oiga usted que quiero hablarle de otra cosa mas importante.

CRIADO. Qué se le ofrece á usted?

CLARA. El señor de Villar ha salido á buscar un carruaje... pero por si no lo encuentra, ¿sería posible hallar un hombre que llegase antes de las doce de esta noche á Cambados?

CRIADO. Señora, hay mas de diez leguas de aquí á Cambados.

CLARA. Sin embargo, me parece que si pago á tres duros por

legua, bien podrian andarse en cuatro ó cinco horas lo mas.

CRIADO. Lo que es á tres duros...

CLARA. Y que si te doy además una buena gratificacion, buscarás al momento quien vaya.

CRIADO. (*Ap.*) Qué dispuestos están á gratificar todos los viajeros que llegan hoy!—Si señora, voy.

CLARA. No pierdas un momento. (*Se dispone para escribir.*) Pobre Ignacio, verá á lo menos hoy mismo mi letra.

CRIADO. Señora, ahí está ya ese caballero.

ESCENA XIII.

CLARA, VILLAR, *y el* CRIADO.

VILLAR. Señora, dentro de cinco minutos tendrá usted un coche en la puerta de la posada, y podrá usted ir á ofrecer esa felicidad que á mí me ha negado.

CLARA. Gracias; (*Alargando la mano á Villar.*) reconozco que el proceder de usted ha sido al fin el de un hombre delicado; y si la suerte quiere que nos volvamos á ver algun dia, le aseguro que tendré en ello una verdadera satisfaccion.

CRIADO. Entonces, señora, no será necesario buscar el propio para Cambados.

CLARA. No, ya no es necesario.

CRIADO. Malo! ya perdimos (*Ap.*) la propina. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

CLARA, *y* VILLAR.

VILLAR. Dispénseme usted, señora, pero me parece que ha hablado usted ó mas bien el muchacho, de Cambados; es por ventura á ese pueblo á donde usted se dirige?

CLARA. Si... por qué? conoce usted allí á alguien?

VILLAR. Si conozco, y tengo allí parientes.

CLARA. Conoce usted á D. Ignacio Montalvo?

VILLAR. Ya lo creo! Ignacio Montalvo! si es primo mio.

CLARA. Primo de usted!... y cómo?
VILLAR. Cómo es primo mio Ignacio Montalvo?
CLARA. Si señor.
VILLAR. Oh Dios mio!
CLARA. Qué?
VILLAR. Ahora se me ocurre.
CLARA. Qué es?
VILLAR. Es particular!... quién habia de figurarse?...
CLARA. Pero diga usted...
VILLAR. Y sin embargo... está conforme con lo que me contó usted antes.
CLARA. Acabe usted.
VILLAR. Debe ser; no puede ser otro mas que él.
CLARA. Vamos, qué quiere usted decir?
VILLAR. Será cierto? Ah señora!
CLARA. Caballero!...
VILLAR. Prepare usted todo su valor, y toda su resignacion.
CLARA. Me asusta usted! Es de Montalvo?
VILLAR. Si señor.
CLARA. Está malo?
VILLAR. No señora.
CLARA. Ay Dios! se ha muerto?
VILLAR. Peor todavía.
CLARA. Pues espliquese usted...
VILLAR. Que es mi primo, señora.
CLARA. Bien, ya lo sé, ya me lo ha dicho usted.
VILLAR. Es mi primo porque se ha...
CLARA. Porqué se ha?...
VILLAR. Porque se ha casado con mi prima.
CLARA. Casado!!! Eso no puede ser cierto.
VILLAR. Dígamelo usted á mí, señora, que hice este casamiento, y que los llevé al altar.
CLARA. Usted?
VILLAR. El pobre Ignacio estaba efectivamente resuelto á cumplir su palabra... y se habia enterrado en vida en una hacienda que tiene á alguna distancia del pueblo. A los seis meses, señora, daba lástima verlo; y seguramente se habria muerto de pena, á no ser porque yo, antiguo amigo suyo, pasé entonces por Cambados, y habiéndome compadecido de él, y conociendo que sus males no tenian mas que un remedio, procuré casarlo. El resultado no pudo ser mas satisfactorio... el pobre mucha-

cho se consoló poco á poco, y hace ya un año que es el mas feliz de todos los maridos, y hace quince dias el mas feliz de los padres.

CLARA. No es posible; no puedo creerlo.

VILLAR. Conoce usted su letra?

CLARA. Sí.

VILLAR. Vea usted esta carta que recibí en Cádiz, y en la que me participa el feliz alumbramiento de su esposa.

CLARA. Oh! (*Rechazando la carta con indignacion.*)

VILLAR. Y me ruega que apresure mi viaje á Galicia, para que tenga á su hijo en la pila... y... vamos! voy á atreverme á decírselo á usted: desde que la ví y la entregué mi alma, tuve la gracia de esperar que usted seria la madrina.

CLARA. Y es usted mismo el que ha llevado á cabo este casamiento?

VILLAR. Y por ello me tiene usted aquí avergonzado, arrepentido y desesperado... le juro á usted que si yo hubiese sabido que tenia usted el menor interés en que Montalvo permaneciera soltero, le hubiera levantado la tapa de los sesos antes que permitir que faltase á su palabra.

CLARA. Desde que empecé á tratarle, á la mitad del viaje creí que podia usted ser un hombre funesto para mí; ahora veo que no me he engañado.

VILLAR. Señora...

CLARA. Voy á ponerme mi sombrero de camino, y me marcho en seguida, si es que usted permite que me sirva de ese carruaje.

VILLAR. Señora, está siempre á su disposicion; y en medio de mi desgracia tengo el consuelo de poder hacer á usted este último servicio.

CLARA. Muy bien... pero me queda aun otra súplica que hacer á usted.

VILLAR. Súplica?

CLARA. Que no se presente usted delante de mí al subir al carruaje, porque pudiera sucederme algun nuevo desastre. (*Entra en su habitacion.*)

ESCENA XV.

VILLAR, *solo.*

Esto es decirme con mucha delicadeza que baje á despedirla. Qué linda es, Dios mio! Y he de dejarla que se marche, y que destruya en un momento todas mis ilusiones.

ESCENA XVI.

VILLAR *y el* SARGENTO *de Civiles.*

SARGEN. Si la señora (*Al criado que queda afuera.*) no trae su pasaporte no saldrá de aquí.

VILLAR. Qué oigo! Qué decia usted, sargento?

SARGEN. Ah! es usted, mi capitan?

VILLAR. Quire usted impedir á una señora que se ponga en camino?

SARGEN. Tengo esa órden; y á no ser que usted conozca á esa señora...

VILLAR. Qué si la conozco? ya lo creo... tanto como se puede conocer á una mujer.

SARGEN. Si usted responde de ella, varia entonces la fisonomía del negocio.

VILLAR. Tanto como responder...

SARGEN. Si usted no responde y la señora no trae su pasaporte, no se la puede dejar que se marche.

VILLAR. Y si esa señora se valiera de sus hermosos ojos para convencerle, ó tratara de comprar su salida de una manera espléndida?

SARGEN. Cumpliria con sus hermosos ojos haciéndola un saludo en regla, y despreciaria cualquiera oferta de dinero.

VILLAR. Bien, sargento, bien; asi me gusta.

SARGEN. La Guardia Civil sabe hacer los honores al bello sexo, sin faltar en lo mas minino á la disciplina.

VILLAR. Bien dicho.—Muchacho, (*Al criado que entra.*) cuando salga la señora, la dirás que me he retirado obedeciendo sus órdenes. (*Vase.*)

CRIADO. Está bien, señor.

ESCENA XVII.

CLARA, *el* SARGENTO *y el* CRIADO.

CLARA. No está ya aquí. (*Se detiene.*)

CRIADO. No se asuste usted, señora; es el sargento de la Guardia Civil que quiere que usted le enseñe el pasaporte.

SARGEN. Saludo á usted, (*Con la mano en el sombrero*) señora... y perdone si la molesto.

CLARA. Dios mio! era mi doncella la que tenia ese maldito pasaporte; y la he dejado enferma en Cádiz.

CRIADO. Entonces voy á decir al cochero, que se lleve el carruaje.

CLARA. Cómo! que se lleve el carruaje?

SARGEN. Está absolutamente prohibido viajar sin el documento del gobierno.

CLARA. Pero señor...

SARGEN. Como no conozca usted á alguna persona en Vigo que responda....

CLARA. No conozco aqui mas que al señor de Villar.

SARGEN. Espere usted. (*Sacando un papel del bolsillo.*) «Edad veinte y siete años, estatura cinco piés menos dos pulgadas;» es la suya... «ojos negros...» los tiene... «cabello negro...» tambien lo tiene; «color pálido...»

CLARA. Son mis señas, las que está usted leyendo.

SARGEN. Desde el momento en que usted se reconozca y confiese...

CLARA. No, yo no tengo nada que confesar; y lo único que hago es admirarme de la semejanza.

SARGEN. Es verdad. Siempre causa sorpresa la semejanza.

CLARA. Pero señor...

SARGEN. Supuesto que usted no conoce á nadie en Vigo, me veo en el caso de cumplir con un sensible deber.

CLARA. Dios mio! qué deber es ese?

SARGEN. El de llevarla á usted ante la autoridad.

CLARA. Oh! es imposible. (*Al criado.*) Le ruego á usted que llame inmediatamente al señor de Villar.

CRIADO. Si se ha marchado, señora... (*Qué se ha sentado en el sillon.*)

CLARA. Pero cómo se ha marchado tan pronto?

CRIADO. No puedo decírselo á usted, pero debe ponerse en camino hoy mismo.

CLARA. Oh! corra usted por Dios! vea usted... se le puede alcanzar todavía.

CRIADO. Qué, no señora.

CLARA. Media onza de gratificacion si logra usted alcanzarle.

CRIADO. Al momento, (*Levantándose precipitadamente*) señora, al momento.

ESCENA XVIII.

SARGENTO, *y* CLARA.

CLARA. Ya comprenderá usted que yo no quiero ni puedo escaparme; y asi le pido que me conceda media hora de término hasta que averigüe si el señor de Villar se ha marchado ó no. En ese tiempo escribiré tambien al alcalde de aqui, y espero... me concederá esa media hora, no es verdad?

SARGEN. Accedo con gusto á lo que usted solicita, señora; pero no estrañe usted que ponga un centinela en cada puerta, mientras que yo voy en persona á dar cuenta á la autoridad.

CLARA. Sí, sí, ponga usted todo lo que quiera... con tal de que me deje usted estar aqui media hora.

SARGEN. Póngase allí (*A un Guardia civil que aparece.*) en aquella puerta.. y usted quédese en esta... sin dejar entrar ni salir á nadie en el cuarto... yo estoy aqui dentro de media hora.—Saludo á usted, señora.

CLARA. Gracias, sargento, por su amabilidad. (*Cierran la puerta del fondo.*)

ESCENA XIX.

CLARA, *sola.*

Ay Dios mio! si lograrán alcanzarle! qué vá á ser de mi sino viene. Me llevarán ante la autoridad. Oh, qué vergüenza! Estoy sola, no tengo á nadie que me proteja. (*Dan un golpe en la ventana.*) Han llamado? Sí, en esa

ventana; quién puede ser? voy á ver. (*Abre y el capitan asoma la cabeza.*)

VILLAR. Chist! silencio; no haga usted ruido.

CLARA. El cielo le envia á usted.

VILLAR. Silencio, digo. (*Salta por la ventana, y apaga las luces.*)

ESCENA XX.

CLARA y VILLAR.

CLARA. Qué hace usted?

VILLAR. Apago las luces, porque podrian descubrirla á usted.

CLARA. Sabe usted ya lo que pasa?

VILLAR. Sí, sé que el sargento de la Guardia Civil la toma á usted por una gran criminal.

CLARA. Pero usted responderá de mí; no es verdad?

VILLAR. Señora, no me conoce nadie en Vigo: solo tenemos un medio.

CLARA. Cual, diga usted?

VILLAR. La fuga.

CLARA. Por dónde?

VILLAR. Por la ventana?

CLARA. Oh! no, imposible!

VILLAR. El coche la espera á usted al fin de la calle... no hay tiempo que perder... cúbrase usted con este pañuelo; vamos. (*La cubre con un pañuelo grande.*)

CLARA. Oh, no, no!

VILLAR. Es el único remedio que le queda á usted.

CLARA. No me atrevo.

VILLAR. Yo bajaré primero.

CLARA. Primero?... no, no... prefiero bajar yo ántes. (*Al llegar á la ventana dá un grito y retrocede al ver entrar al sargento.*)

ESCENA XXI.

VILLAR, CLARA, y el SARGENTO.

SARGEN. Bien señor, bien; (*En lo alto de la escalera.*) así cumple usted su palabra: así paga usted mi generosidad. Ola;

muchacho, luces. Allá voy yo ahora. (*Desaparece de la ventana.*)

Clara. Oh Dios mio (*Apoyándose y ocultando el rostro sobre el hombro de Villar.*) Dios mio!

ESCENA XXII.

Clara, Villar, *y el* Criado, *con luces.*

Criado. Por fin llegué á tiempo. (*A Clara.*)

Clara. Qné haremos ahora?

Villar. Ya no queda otro medio que el de echar mano de mi pasaporte. Recibí el aviso de usted: este perillan me dijo que qnerian prenderla porque no traia pasaporte, y he tenido la precaucion antes de venir aquí de corregir oportunamente el mio, haciendo una adicion muy importante.—Mire nsted. Don Fernando Villar, y su esposa.

Clara. Yo no pnedo admitir...

Villar. Silencio! aquí está el sargento.

ESCENA ULTIMA.

Dichos, *el* Sargento.

Sargen. Señora, siendo naturalmente inclinado á complacer al bello sexo, tengo el mayor disgusto en esta ocasion al condncirla. Gnardias! (*Se presentan dos civiles.*)

Clara. Vamos, démelo (*Bajo á Villar.*) usted, puesto qne es preciso. (*Toma el pasaporte y se lo entrega al Sargento.*)

Sargen. Qué significa esto?

Clara. Léalo usted.

Sargen. Concedo libre y segnro (*Leyendo.*) pasaporte al capitan de Fragata de la Armada D. Fernando Villar, y sn esposa. Pero mi capitan, si nsted (*Mirando á Villar.*) me hnbiera advertido... Como me dijo usted riendo que no respondia de ella...

Villar. Efectivamente fué una broma, y por eso me reia; y sobre todo, sargento; responderia usted de la suya?

